RECUERDO DE RAFAEL CONDE Y DELGADO DE MOLINA

CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ[1]

"¡Con cuánto sentimiento se nos va Rafael!" Fue el lamento con el que doña Rosa Rodríguez de Troncoso, Directora del Archivo del Reino de Valencia, se resignó a ver marchar a un jovencísimo Rafael Conde hacia Barcelona, al Archivo de la Corona de Aragón. Doña Rosa se deshizo en elogios hacia su capacidad de trabajo, hacia sus amplios conocimientos en Historia, en Latín, en Diplomática; hacia su simpatía, su vocación de servicio, su bondad, su carácter pacífico, su buen hacer archivístico, hacia la calidad de las regestas de los pergaminos de la Bailía General de Valencia y del catálogo del archivo de los Duques reales de Gandía, a los cuales Rafael se había dedicado durante dos años. ¡Tantas eran sus virtudes! Y concluyó la mujer con una crítica benevolente: él era una gran persona y las fichas catalográficas que redactaba Rafael eran excelentes, sí, "pero no pone encabezamientos de materias".

Lo escribió doña Rosa en 1969, en un diario profesional que encontré casi treinta años más tarde. Remití una fotocopia de esta página a Rafael. Le entusiasmó. Contaba con ilusión y buen humor esta pequeña crítica que le dirigió su antigua directora. Pero, hombre discreto y caballero a la antigua, callaba los elogios.

Yo no soy tan discreto. No tengo ya motivos para serlo después de que Rafael Conde y Delgado de Molina falleciera el pasado día 28 de marzo de 2005, en El Burgo de Osma (Soria). Murió súbitamente, rebosante de vitalidad, cuando más le sonreía la existencia y cuando nada hacía presagiar tan fatal desenlace. Doña Rosa quería a Rafael, acaso por puro instinto maternal de una mujer por entonces sexagenaria que vio aparecer a un servicial muchacho de poco más de veinte años, a un auxiliar de Archivos que recalaba solo y sin familia en Valencia. Lo quería y quizá en sus apreciaciones

---

[1]Director del Archivo de la Corona de Aragón. Barcelona.

«Anuario de Estudios Medievales», 35/2 (2005), pp. 1057-1072 .- ISSN 0066-5061.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

le cegó el cariño. Pero en esta pequeña página de su diario como Directora del centro supo retratar a Rafael. Y supo anticipar nuestro dolor. ¡Con cuanto sentimiento se nos ha ido, esta vez definitivamente, Rafael!

Lo quería doña Rosa. Lo quisimos quienes le conocimos. No fue un hombre que dejara indiferente. A muchos nos cautivó con sus virtudes, de las que no hacía gala, pues la mayor de todas fue su sencillez. Tendría sus detractores, sin duda. Y sus defectos, claro está. Pero incluso aquellos que no simpatizaban con él quedaban sorprendidos por una personalidad subyugante, exuberante, inteligente y singularísima, nada común en sus opiniones y poco frecuente en sus acciones. No era difícil apreciarlo, porque su bondad se transparentaba a través de un carácter que, a veces, quería ser adusto sin conseguirlo.

No es mi intención convertir este recuerdo de Rafael Conde en una relación de su vida o de sus méritos académicos. Sabiendo de su discreción, le pertenecen en exclusiva a él. No respetarlos sería violar su intimidad, arrogarse de una autoridad de la que carezco. Pero parece necesario conocer algunos pocos datos biográficos para comprender su personalidad rica y compleja. Fue un hombre de gran expresividad. Solía decir que él era archivero "ab utero matris sue" para describir cómo había llegado a esta profesión. Nació en Tarragona el 5 de diciembre de 1945. En esta ciudad ejercía como maestra su madre, María del Carmen Delgado de Molina, cuya familia estaba radicada en Gandía, y que había cursado los estudios de magisterio durante la II República. Su padre, Feliciano Conde Conde, originario de la provincia de Burgos, pertenecía al Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios del Estado. Antes, había sido del Cuerpo de Auxiliares de archivos y bibliotecas. Y como tal sirvió en el Archivo de la Corona de Aragón. Aquí, entre otras tareas, se encargó de acondicionar la colección sigilográfica del Centro. Muchos años después, Rafael Conde seguiría los pasos de su padre y, en los últimos meses de su vida, trabajaba también en esta misma colección, sobre la letra de su progenitor, circunstancia que comentaba divertido. ¡Quién podía imaginar que era un aviso premonitorio de una muerte prematura!

Rafael tuvo la fortuna, que a él le pareció inmensa, de criarse entre los libros de la Biblioteca Provincial de Tarragona —incluido su "infierno"—, que su padre dirigió, parece ser que de manera bonachona, como todavía lo recuerdan algunos. Solía ocurrir en el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios que a la misma plaza se acumulaban no sólo la jefatura de la Biblioteca Provincial sino también las de los Archivos Histórico Provincial, de la

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Delegación de Hacienda y de la Audiencia. Acompañando a su padre, prendió en él la pasión por la Historia y por los documentos, una pasión que ha mantenido hasta su muerte y que ha llenado sus días. Pudo conocer, además, el inmenso trabajo desarrollado por una generación de archiveros durante años de tremendas carencias en todo el país, y más aun en los archivos. En estos últimos tiempos, solía dolerse del menosprecio poco piadoso que las promociones más jóvenes han mostrado hacia aquellos archiveros, hombres y mujeres, sin pararse a considerar las múltiples dificultades que arrostraron. Estuvo, por ejemplo, junto a su padre cuando fue a hacerse cargo de los protocolos de Tortosa con el fin de llevarlos al Archivo Histórico Provincial de Tarragona y pudo ser testigo de su estado y de las resistencias que tuvieron que vencerse para salvarlos de su destrucción.

Desde Tarragona, pasó a Zaragoza para cursar los estudios comunes de Filosofía y Letras. En 1966 ingresó por oposición en el Cuerpo Auxiliar de Archivos, Bibliotecas y Museos, hoy "de Ayudantes". Fue destinado al Archivo Histórico Provincial de Tarragona por unos meses, y al Archivo del Reino de Valencia en 1967. En la universidad de esta ciudad acabó la licenciatura en Filosofía y Letras, Sección de Geografía e Historia, en 1969. Ese mismo año, ingresó por oposición, de manera brillante, en el Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios. Obtuvo en seguida el que habría de ser su primer y último destino como archivero facultativo: el Archivo de la Corona de Aragón.

En este Centro estuvo Rafael treinta y seis años de su vida. Pasó por todos los puestos. Se encargó inicialmente de la reprografía y de la Sección de Diversos. Fue Comisario para el *Depósito Regional de Archivos* de Cervera, adscrito al ACA, entre 1983 y 1995; Secretario del Archivo entre 1981 y 1984; Subdirector entre 1984 y 1988. Finalmente, fue nombrado Director del Archivo de la Corona de Aragón en 1988, cargo que ocupó hasta 1995.

Una persona inteligente, despierta y de gran sensibilidad como él, que llegó tan joven a archivos plenos de peripecias individuales y de grandes acontecimientos históricos contenidos en sus pergaminos, libros y legajos, como los de Valencia y Barcelona, había de quedar deslumbrado ante la riqueza inmensa y el esplendor del Archivo de la Corona de Aragón. Entregó su vida al ACA. Es más, durante años el ACA —o, más bien, los documentos que conserva— fue su vida entera. Grande fue su amor a este Archivo, como grande era su sorpresa diaria ante sus tesoros y sus maravillas. Acaso sea esta la mayor de sus enseñanzas para quienes le conocimos: la de sentir viva la

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

historia del pasado a través de los testimonios escritos que guarda el ACA. Su capacidad de asombro y entusiasmo ante los documentos no se encalleció tras más de tres décadas de trato diario con ellos. Con frecuencia, entraba en mi despacho cuando regresaba de alguno de los depósitos de documentación para comentar sus hallazgos y su maravilla ante el milagro de que se hubieran preservado o por haber encontrado el documento cuya existencia sospechaba a través de indicios. El asombro ante la conservación de los documentos gracias a la existencia de esta institución centenaria le hizo interesarse cada vez más por la historia de los archivos en general, y por la propia del ACA en particular. Sobre ellas ha escrito alguna de sus aportaciones más inteligentes, valorándolos no sólo como meros almacenes de documentos al servicio de los investigadores contemporáneos, sino como instrumentos básicos del ejercicio concreto del Poder en sus sucesivas fases históricas, desde la Edad Media a nuestros días.

Rafael tenía además razones personales para amar el ACA. No es para menos. Es un archivo que impresiona a quien tiene sensibilidad. A él le sobraba. Cuando llegó, su primera ubicación fue el despacho que había sido de Ferran Soldevila. En uno de los cajones de su mesa encontró todavía una camisa sin estrenar que el gran historiador había dejado olvidada, y que devolvió a su hija. Este contraste le llamó vivamente la atención. En el ACA se educó de la mano de Antonio María Aragó, su maestro y amigo, con quien compartió muchas horas de conversaciones, preocupaciones y trabajos. Decía que "Aragó aragoneaba" para describir el peculiar método de trabajo de aquel gran archivero. De él aprendió, según confesión propia, una idea de entrega al servicio público y una clara conciencia de la importancia del trato personal al investigador, que Rafael cultivó siempre. Nacido en Tarragona, de familia valenciana, el destino le había llevado a Barcelona después de pasar por Zaragoza y Valencia y sus universidades. Desde las salas del ACA, hizo además grandes amigos con los historiadores que las frecuentaron, procedentes de toda España y de todo el mundo. Su carácter abierto y expansivo se lo permitía. Sentía predilección por los investigadores italianos, porque muchos de ellos la tuvieron por él, a causa de su simpatía, de su camaradería, de su disponibilidad a ayudar a quien se lo pedía. Conoció bien Italia, que visitó con frecuencia por motivos profesionales y personales, en especial los países de la antigua Corona de Aragón, y sobre todo Cerdeña, por la que profesó un amor especial, en justa correspondencia al que sus numerosos amigos sardos le tuvieron. Por todos estos motivos, conocedor de los territorios que la integraron y de sus gentes, Rafael Conde era el hombre vitalmente indicado

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

para el Archivo de la Corona de Aragón. Asistió a todos los Congresos de Historia de la Corona de Aragón desde el de Nápoles en 1973 hasta el de Barcelona en 2000, aunque últimamente había perdido el interés por ellos. Fue Presidente de la Comisión Permanente de estos Congresos entre 1990 hasta 1996. Tras pasar treinta y seis años en el Archivo, parecía algo tan consustancial al Centro como los propios registros de Cancillería. Encarnó el carácter del Archivo mejor que nadie. Su huella es profunda y perdurará, no sólo en la memoria de las personas que le conocieron, sino en el Archivo. Su espíritu libre paseará por siempre entre las almas que reposan en los legajos, en los pergaminos y en los libros del ACA, en compañía de algunos de los archiveros por los que él tuvo tanto respeto y a los que dedicó algún trabajo: Pere Benet, Garma, Próspero y Manuel de Bofarull, González Hurtebise,...

Rafael estaba alumbrado con la chispa del genio. Por eso no fue bien comprendido ni en los medios académicos ni en los profesionales, donde tuvo siempre cierta fama de excentricidad. Pero su visión de lo que ha de ser la profesión de archivero y su concepción historiográfica fueron de una profundidad poco común. Como lo fueron también su idea y su práctica de servicio público. Son muchos los investigadores que se han beneficiado de ellas. Treinta y seis años de servicio continuado, en contacto directo con la documentación de los órganos centrales de la Corona de Aragón o de otros archivos territoriales y particulares conservados en el ACA le dieron una visión muy certera sobre la importancia y el valor del documento, menospreciado hoy en la historiografía contemporánea a favor de abstrusas construcciones teóricas, a veces con muy poca base documental. Precisamente, la facilidad para contrastar algunas de estas afirmaciones con la documentación le hizo ser crítico con este tipo de historia tan actual y le llevó a resaltar la importancia del documento y de las fuentes. Fue así un continuador genial de la figura del archivero-historiador o del archivero-erudito, hoy caída desgraciadamente en desuso, pero que para centros como el ACA continúa siendo imprescindible. Es más, en su visión no cabía otra posibilidad para quien quiera prestar servicios en este u otro archivo histórico secular. Acudía para ello a su larga experiencia y a los muchos investigadores, algunos de ellos muy conocidos y figuras señeras de la historiografía, a los cuales había ayudado. Pero fue esta una lucha perdida y que le ocasionó grandes disgustos y grandes amarguras.

Fueron treinta y seis años largos y provechosos: para él, para el Centro. Trabajador proteico e incansable, los supo aprovechar con intensidad. Grande fue su conocimiento de la historia medieval de la Corona de Aragón,

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

y grandes sus conocimientos sobre la documentación de los reyes aragoneses. Dio siempre una gran importancia a las publicaciones, como medio de comunicación del archivero con la sociedad que lo acoge y alimenta. Yo no comentaré aquí su producción bibliográfica, que se publicará en un número que la revista *Medievalia* le dedica. Un recuento todavía parcial suma 108 publicaciones, sin incluir las que saldrán póstumamente. Cultivó con gran competencia la Diplomática y las ciencias auxiliares de la historia, con gran atención a la sigilografía. Fue miembro de la Comisión Internacional de Diplomática y de la Comisión Internacional de Sigilografía. Ha escrito trabajos importantes sobre archivística e historia de los archivos, en especial del ACA. Se preocupó por la edición de catálogos y, sobre todo, de fuentes documentales, tarea a la que concedía una importancia capital y donde ha hecho aportaciones remarcables. Otro de sus temas favoritos de estudio fue la historia de las finanzas y de la contabilidad, y de sus fuentes documentales. De hecho, fue miembro fundacional del Comité Español de Historia de la Contabilidad. Finalmente, entre otras materias, se dedicó con particular gusto y ahínco a la historia de la Cerdeña aragonesa. Pero algo de lo que estaba especialmente orgulloso es que sus publicaciones alcanzaban a todos los territorios de la antigua Corona de Aragón. Su obra publicada habla por si misma y es suficientemente conocida. Por eso prefiero centrarme en algunos rasgos de su personalidad, que trascienden sus publicaciones y que permanecerán en el ACA, si quienes le sucedemos somos capaces de recoger y transmitir sus sentimientos y pensamientos. Son claramente perceptibles en su obra historiográfica y archivística. Sobre todo, su interés por el valor de la acción de los individuos en los procesos históricos, que responde a convicciones personales muy arraigadas. Me parece, además, que tienen una cierta proyección, porque revelan un estado de espíritu socialmente extendido en nuestro país entre una generación finisecular de profesionales e intelectuales españoles, pero que pocas veces sale a la luz.

Le persiguieron los encabezamientos de materias. Toda su vida. Doña Rosa se lo reprochó en la intimidad al comienzo de su carrera. Su concepción del archivero-erudito o del archivero-investigador chocó con los nuevos paradigmas que de esta profesión se han ido elaborando en los últimos años. Para desesperación de los responsables archivísticos de la época en la que fue director, durante las largas, tediosas y superfluas reuniones ministeriales se dedicaba a hacer papiroflexia, de manera pública, para demostrar su desacuerdo con lo que se trataba y poner en evidencia la inutilidad de lo que se discutía. Pajaritas y otros animales de papel que causaban estupor en sus

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

superiores, pero que entusiasmaban a los niños, con quienes Rafael tenía una mano especial, un trato franco, maduro e igualitario, sin ñoñerías, pero que les cautivaba.

En absoluto sus ideas estaban superadas. Antes bien, nacían del conocimiento profundo y de primera mano de la documentación histórica y de las necesidades que los investigadores tienen cuando acuden a un centro como el ACA, y también de las expectativas que la sociedad se forma sobre los archivos históricos. Pocos archiveros e historiadores han tenido ideas tan claras en este terreno, porque pocos han trabajado tan profundamente sobre los documentos y han servido tanto tiempo de manera directa en un archivo histórico. Y pocos las han hecho públicas con tanta insistencia y en tantos foros como Rafael. Impregnan sus más de cien publicaciones. En contraste, le desesperaba una cierta actitud burocratista de determinados profesionales y colegas, muy de moda en los últimos quince años. Con gráfica expresión, decía que él era archivero funcionario, pero que lo querían convertir en un funcionario de archivos. Quería resaltar así la importancia de la faceta cultural de su trabajo sobre la meramente administrativa, a la que hoy se da una importancia excesiva. Con la gracia de la que hacía gala, puso mote a este tipo de nuevo archivero agresivo, sólo en apariencia gestor y supuestamente moderno. Los llamó "peroyaístas", porque decía que, al pedir algo (informes, estadísticas, gestiones, tramitación de expedientes, ejecución de proyectos,...), acaban con la muletilla de que se les remita el encargo o se cumpla la instrucción con un conminativo "¡pero ya!", que quiere ser ejecutivo pero que resulta de escasa efectividad en la Administración Pública, como es sabido. A cambio, él se autoconsideraba lo que llamaba "tanzano", es decir, alguien que querría vivir en las remotas selvas de Tanzania —cuando todavía eran de verdad remotas y vírgenes—, sin teléfono ni fax, para poder dedicarse al estudio y a la erudición, sin prisas ni agobios, sin interrupciones tediosas, alejado de las exigencias burocráticas que hacen perder el tiempo y consumen esfuerzos en objetivos por lo general costosos e inútiles y que impiden, por irreales, la ejecución de tantos y tan interesantes proyectos como los que se pudieran hacer en el ACA o en otros archivos a poco que se escuche a los profesionales. De todos modos, su crítica, aunque acerada en lo intelectual, era inocente y sin maldad en lo personal. Rafael Conde profesó gran lealtad hacia sus colegas, compañeros y superiores. Curiosamente, tuvo muchos amigos "peroyaístas", que no tenían más remedio que sonreír ante sus diatribas y aceptar el fundamento de sus críticas.

«Anuario de Estudios Medievales», 35/2 (2005), pp. 1057-1072 .- ISSN 0066-5061.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

"Peroyaístas" y "tanzanos" son dos términos básicos del vocabulario y cosmogonía de Rafael Conde. Desconfió de las nuevas tecnologías que los "peroyaístas" han querido aplicar *manu militari* en los archivos históricos en detrimento de las viejas técnicas eruditas y archivísticas, sin respetar su historia, su tradición o su contexto social y cultural; sin atender a las necesidades ni de la documentación ni del investigador, sin conocer el trabajo que se viene realizando en los archivos. Fue una desconfianza fundada, porque los primeros resultados no fueron muy alentadores. Buen conocedor de la metodología de la investigación histórica (que algunos de los "peroyaístas" ignora por no haberla practicado jamás), acostumbraba a decir que las nuevas tecnologías acaso aumentarían nuestros conocimientos del pasado, pero no nos harían más sabios. Con esta paradoja quería resaltar las limitaciones tanto de una determinada concepción de la investigación histórica como de las tecnologías archivísticas a las que estaba asociada, y viceversa. Sin embargo, hombre inteligente y razonable, se sumó con armas y bagajes a los últimos proyectos de informatización y digitalización realizados en el ACA. Estaba muy involucrado en ellos, porque vio por primera vez un funcionamiento eficaz y realmente ventajoso para la investigación histórica. Él mismo los utilizaba a diario y cantaba sus excelencias. Para las comprobaciones que realizaba con vistas a la edición del "Diplomatario aragonés de Ugone II de Arborea" y otros, sobre los cuales trabajaba cuando murió, acudía a la copia digitalizada de los registros que disponía en su propio despacho. Se extasiaba ante la posibilidad de consultarlos por Internet y las grandes posibilidades que a él mismo le ofrecían para continuar el trabajo en casa o tras su jubilación. Por ello, su incorporación a lo que después de treinta años se sigue llamando "nuevas tecnologías" había sido plena en sus últimos días, aunque todavía precavida. E incluso publicó en 2003 el Inventario de la Bailía General de Cataluña en formato electrónico.

"¡Qué buen vasallo si hubiese buen señor!", le espetó en su despedida a un conocido ministro de Cultura cuando era Director del ACA. "¿El señor soy yo y el vasallo es usted?", respondió el ministro. "Usted qué cree", contestó Rafael. Imbuido de la idea de proceder de una antigua nobleza de mérito por ser heredero de archiveros que se han sucedido al frente del ACA ininterrumpidamente desde 1346, si no antes, y han sobrevivido a todo tipo de avatares y circunstancias históricas, su formación erudita y humanística se adaptó mal a las exigencias de la moderna vida burocrática. Su cercanía al investigador erudito que frecuentaba las salas del ACA y a sus necesidades le impedía aceptar determinados proyectos que consideraba inviables o

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

innecesarios. Pasó años difíciles como director del ACA. Sus compensaciones fueron pocas. Lamentaba que la gestión le robara horas preciadas para dedicarse con plenitud y concentración a la investigación histórica. Pese a todo, hizo frente a sus responsabilidades como mejor pudo y supo. En este terreno, su obra más destacada, sin duda, es la construcción de la nueva sede del ACA en la c/ Almogávares, 77, que le planteó muchas dudas acerca de su conveniencia y le causó muchos quebraderos de cabeza.

Rafael era muy observador, y perspicaz como pocos. Sobre todo, en las relaciones personales. Pero no sólo en ellas. De su paso por la Dirección del Centro y del examen de la realidad cultural, burocrática y social de nuestro país desde la atalaya del Archivo comprobó en carne propia tres máximas que gustaba de repetir en estos últimos años. Primera, la estupidez humana no tiene límites. Segunda, el sueño de la razón produce monstruos. Tercera, no es que el poder corrompa: es el corrupto el que ambiciona el poder; no es que el poder haga soberbio al que lo detenta, sólo el soberbio apetece el poder. Fueron enseñanzas dolorosas, que trató de transmitirme y que le agradezco. Rafael Conde no fue un estúpido; su inteligencia, que permanecía constantemente despierta, soñaba poco; él no era ni corrupto ni soberbio. Quiso volver a recuperar su calma interior para trabajar en lo que realmente le gustaba: los documentos. Y, finalmente, presentó su dimisión como director en 1995. Pero se mantuvo siempre fiel a su señor y a la institución para la cual trabajaba. Yo creo que pasará a la pequeña historia del ACA como Rafael *el Bueno*. Su bondad natural le costó la Dirección del ACA y a punto estuvo de acabar con su carrera y su salud. De su carácter sencillo, bondadoso y abierto pueden dar testimonio tantos y tantos empleados del ACA, de todas las categorías laborales, que le han conocido como director o lo han tenido como compañero y amigo. Se pasó su vida haciendo favores a unos y a otros, a empleados y a investigadores, pero recibió de muchos mal por bien. Pese a todo, no dejó que germinara la semilla del rencor en su corazón, ni siquiera en los momentos más duros de su vida administrativa. Lo combatió con la ironía y el buen humor. Al final, como el protagonista de la novela *El árbol de la ciencia* —con quien, a mi modo de ver, Rafael guarda notables semejanzas— no pudo cumplir con su ideal de ataraxia, ni permanecer inmutable frente a las instancias del mundo exterior. Murió sin dolor. Como Andrés Hurtado, era un epicúreo, aunque no lo creyera, y había en él algo de precusor.

Mi amistad profesional y personal con Rafael Conde se remonta veinte años atrás. Me trató desde el primer día que lo conocí con confianza,

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

especialmente por estar yo destinado en el Archivo de Reino de Valencia, del que guardaba un gratísimo recuerdo, y por una cierta idea que tenía de hermandad entre los archivos reales de los territorios de la Corona de Aragón, españoles e italianos. Sin reticencias ni resquemores, sin envidias, sin dobles intenciones, me animó a concursar por la Dirección del ACA, cuando este Centro atravesaba una fuerte crisis. Me recibió bien el día en que tomé posesión, el 13 de mayo de 1998. Durante mi visita de presentación en el Centro, pasé a saludarle a su despacho. Me esperaba. Cuando me vio, humorísticamente, y en presencia de otros compañeros, hincó la rodilla en tierra y presentó sus manos, encomendándose a mí. Yo, que ya le conocía de muchos años, seguí la broma, le otorgué la *inmixtio manuum*, lo alcé, lo abracé pero me negué, entre risas, al ósculo. En su fuero interno, fue una ceremonia feudal con todas sus consecuencias, en su más puro sentido. Fue su manera de hacer presente la historia medieval, cuyos vericuetos legales dominaba. Creo interpretar que él, con su profundo conocimiento de las instituciones, dio significado a esta ceremonia paródica y vio en ella el nacimiento de un contrato sinalagmático perfecto de tipo feudal. Bien sabía él que este tipo de contrato no se basa en la humillación, como pudiera parecer, sino que exige un grado máximo de confianza y lealtad recíprocas entre señor y vasallo; que estos contratos, que él había leído centenares de veces, constituyen en realidad la mayor garantía de la libertad y la independencia personal del vasallo. Así fue. Me prestó siempre su *auxilium et consilium*, ateniéndose a su ideal antiguo y medieval de servicio, de amistad y de caballeresco sentido de la justicia. Nunca me negó un favor. Nunca puso dificultades a realizar un servicio. Si actuó de este modo, fue por deferencia no tanto hacia mi persona como hacia el puesto de Director del Archivo de la Corona de Aragón, que estimaba sobremanera. Gran conversador, no era sin embargo muy dado a eso que se llama "confesiones íntimas". Su discreción se lo impedía. Pero en cierta ocasión me agradeció, de pasada eso sí, el haberle permitido recuperar el orgullo de ser archivero facultativo, menoscabado en los años precedentes. Creo, sin modestia, que no defraudé las expectativas que puso en mi como su superior y en el ejercicio responsable de la autoridad. Lo creo no por mis méritos, sino porque, de lo contrario, Rafael Conde, espíritu libre e independiente, se hubiera sentido liberado para romper este pacto. Y lo mantuvo hasta el final de sus días. Había anhelado fervientemente establecer un contrato similar con sus superiores en el tiempo de su dirección del ACA. Traigo a colación este episodio porque es revelador de su carácter y del concepto que Rafael tenía de la Historia, no como algo caduco

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

o como una curiosidad de anticuario, ni tampoco como un simple objeto de conocimiento "científico" —palabra que, utilizada en el ámbito de las humanidades o de la archivística, le infundía pavor, primero, y menosprecio, después—, sino como una presencia tangible, viva en la realidad diaria de nuestras sociedades, como autentica *magistra vitae* para el ser humano, como una disciplina cuyo estudio constituye una cura de humildad para nuestra soberbia de hombres modernos.

Cuando dejó la dirección del Archivo, continuó en el Centro. Cualquier otro se hubiera servido de su posición como trampolín hacia un puesto mejor, según el viejo principio eclesiástico *promoveatur ut removeatur*. También en esto Rafael Conde fue único. Amaba demasiado al ACA y sus documentos como para abandonarlos después de veintiséis años. Allí siguió como Jefe de la Sección de Reproducción de Documentos, plaza que le desagradaba porque implica una cierta gestión administrativa y de personal. Costó tiempo, trabajo y papeleo, pero finalmente pudimos cambiarle, con su aquiescencia ilusionada, a otra plaza de Jefe de Sección de Archivos. En broma, yo le decía que ya no podía ser menos en la carrera profesional, salvo si quería reingresar para su jubilación en el Cuerpo de Ayudantes de Archivos y volver a Valencia. Esta idea le hacía gracia. Como archivero liberado de responsabilidades administrativas especiales realizó un trabajo inmenso, que no voy a detallar. En los últimos años de su vida había encontrado el medio en el que mejor se desenvolvía, que más dominaba y que más satisfacciones le daba: la redacción de diplomatarios de grandes personajes de la historia de la Corona de Aragón. No por eso descuidó otras obligaciones. Gracias a su colaboración y entrega al servicio, como a la de otros compañeros, el ACA pudo abrir la Sala de Investigadores por las tardes, de manera libre y voluntariamente aceptada por sus funcionarios, sin compensación económica u horaria. Justo es decirlo, porque él, como otros facultativos y funcionarios, se prestó a estar en la Sala de Lectura sin ningún tipo de reparo, al final de su carrera y con su prestigio. Toda una lección para las nuevas generaciones de archiveros y para los investigadores que acuden al ACA. El público debe saber que las jornadas laborales de Rafael Conde siempre fueron muy superiores a las legalmente establecidas para los empleados públicos, sin tener por ello una remuneración especial. Con facilidad, su horario rebasaba con creces las cincuenta o sesenta horas semanales, sólo en el Archivo. Dedicaba muchas más en su casa a la investigación. Mientras ejerció como Director, fueron también muchos los fines de semana que, por responsabilidad y a falta de otra vigilancia en el Centro, por entonces con graves carencias presupues-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

tarias y de personal, los pasaba en el ACA. Fue un funcionario cumplidor. Puedo certificar que, al menos durante los últimos siete años de su vida, liberado de la carga de la dirección que tanto le había abrumado, no presentó ni una baja por enfermedad. Bastarían los dedos de una mano para contar los días en los que se ausentó por alguna pequeña indisposición. En estas ocasiones, además, solía presentarse a media mañana y había que reprenderlo cariñosamente. Pero él disfrutaba estando en el archivo, con miles de documentos por estudiar y una biblioteca bien abastecida a su entera disposición. Gozaba de una salud envidiable, y por eso su muerte súbita fue, por lo inesperada, más dolorosa. Su vitalidad era el reflejo de una juventud de espíritu poco común. Lo mejor de Rafael Conde, desde un punto de vista intelectual, estaba aún por venir, al contrario de lo que suele ocurrir a su edad, cuando ya se ha dado al mundo todo lo que se es capaz de ofrecer. Se verá a medida que salgan a la luz los trabajos que ya tenía preparados. De aquellos otros que sólo estaban en proyecto, nadie más que él podrá dar cuenta y razón.

De sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza sacó un gran aprecio por el latín, lengua que admiraba y que dominaba con regular maestría. Para mi desesperación, mientras estuve destinado en Valencia, mantuvo conmigo una corta correspondencia en latín, que a él le costaba poco porque la escribía de corrido, por estar acostumbrado, pero que a mi me ponía en graves aprietos para contestarla. Las cenas en su domicilio de Barcelona venían precedidas de una tronchante, pero correctísima gramaticalmente, invitación redactada en esa lengua. Su afición al latín era una manifestación más de su amor al pasado, que revitalizaba por este medio. Ya he resaltado que para él la historia era algo vivo, presente cada día y en cada circunstancia. Lo hacía de una manera natural, espontánea, no afectada ni impostada, por haberse sumergido en la lectura y reflexión de miles de documentos de aquella época. En 1991, en medio de las prisas y de los agobios por la celebración de una exposición que por orden de las autoridades se organizó a última hora y que se nos encomendó a ambos bien a nuestro pesar, la casualidad quiso que el año de la Encarnación entrara mientras él estaba en mi casa de Rocafort, en Valencia. Lo celebramos convenientemente, pues nos permitía situar esta exposición como la primera de los fastos del 92, si nos ateníamos al estilo pisano. Fue una celebración que le divirtió y no olvidó repetir desde entonces.

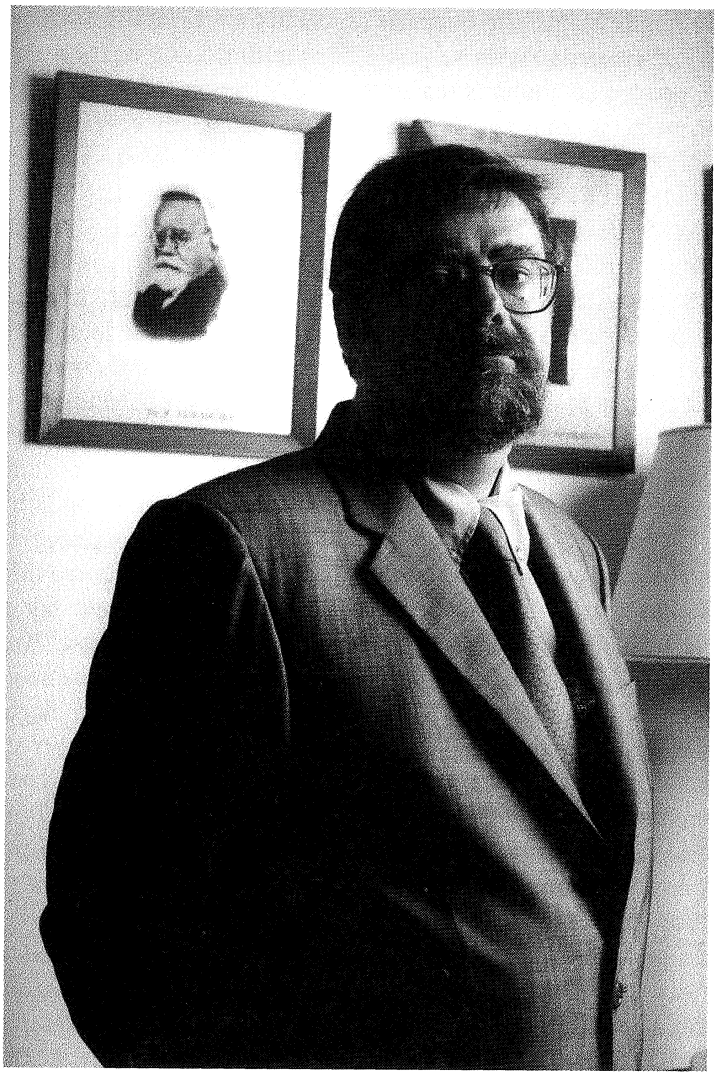
Un carácter tan extrovertido hubiera estado destinado a la docencia. Por indicación de su padre y siguiendo el ejemplo de su madre, Rafael cursó

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

los estudios de magisterio mientras seguía la carrera de Filosofía y Letras. Su gran vocación pedagógica se ponía de manifiesto con ocasión de las visitas que los grupos de alumnos realizan al ACA. Se prestaba a ellas con gusto y competencia, y tenía por lo general gran éxito. Entre 1970 y 1984, fue también profesor ayudante, adjunto, encargado de curso y asociado de la Universidad Autónoma de Barcelona y miembro del Instituto Universitario de Estudios Medievales de esa Universidad. Rafael se prodigó por toda España en cursos de archivística, de diplomática y paleografía, de historia medieval. Sólo me cabe decir que ha estado desaprovechado. Y es lástima. Hubiera podido enseñar mucho en Historia y Archivística pero se le dejó a un lado, a veces en aras de una modernidad mal entendida o porque carecía del don de la adulación y la simulación. Salvo para unos pocos amigos, desde que abandonó la Dirección del ACA quedó apartado de los medios universitarios y profesionales, una injusta relegación que él vivió inicialmente con amargura, pero que combatió con gran humor, para acabar después con la indiferencia y la ironía por su parte. Fue un proceso paralelo a su progresivo alejamiento de las preocupaciones culturales y políticas que hoy han conseguido polarizar la atención oficial en Cataluña. Le dolían especialmente las estériles y periódicas polémicas políticas y pseudoarchivísticas en torno al Archivo de la Corona de Aragón. También las propuestas disparatadas que se cebaban en este Centro, hijas ignorantes y rencorosas de una aplicación ciega y acrítica de presupuestos partidistas y esquemas ideológicos cerrados. Permaneció fiel a su propio concepto dinámico, no esencialista, de España como nación plural desde un punto de vista histórico, lingüístico, social, cultural y político, pero nación al fin y al cabo tras siglos de historia compartida, de grado o por fuerza. No comprendía el progresivo ensimismamiento que viene padeciendo la cultura en Cataluña. En parte, porque el observatorio que le ofrecía el ACA le permitió trabajar sobre temas catalanes, aragoneses, valencianos, mallorquines, sardos, franceses, sicilianos, napolitanos y otros sin una proyección geográfica específica por afectar a los órganos centrales de una Monarquía pluriterritorial, de raíz dinástica, previa al nacimiento del concepto de nación. Y en parte porque, al vivir la historia tan presencialmente, su mundo se movía en las categorías políticas y culturales de la Edad Media de la Corona de Aragón, curiosamente más próximas en sus planteamientos a las de un mundo globalizado y de fronteras muy permeables como el actual que a la pobreza conceptual de un nacionalismo trasnochado, cualquiera que sea su base territorial.

«Anuario de Estudios Medievales», 35/2 (2005), pp. 1057-1072 .- ISSN 0066-5061.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)



† RAFAEL CONDE Y DELGADO DE MOLINA
(1945-2005)

«Anuario de Estudios Medievales», 35/2 (2005), pp. 1057-1072.- ISSN 0066-5061.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Muchas veces hablamos de este tema y de otros. No era un librepensador, en el sentido clásico que se da a este término, pero sí un hombre de opiniones libres y muy singulares. He conocido a pocas personas que tuvieran tanta independencia en sus ideas, alejado de escuelas y de modas, de directrices políticas o religiosas ajenas a su propio y personal raciocinio. Pese a sus opiniones muy particulares, no era fácilmente clasificable: ni de derechas, ni de izquierdas, ni de centro; ni nacionalista ni centralista, ni descreído ni creyente fervoroso, ni eclesial ni anticlerical. Dependía de qué, quién, cómo, cuándo y dónde. Su exaltación de la libertad individual y de pensamiento tenía un punto ácrata. Pero su madre procedía de una familia de tradición carlista. Rafael, hombre leal, cultivó divertido esta opción política, sin creer verdaderamente en ella, más por humor y como una crítica a las grandes deficiencias democráticas de nuestro actual sistema político, pero también a la tontería de muchos de nuestros comportamientos sociales falsamente modernos o provocadores. Su reivindicación del lema carlista "Dios, Patria, Rey y Fueros", hecha con gran seriedad, desorientaba a sus interlocutores si no estaban advertidos. Si no era así, con esfuerzo llegaban a esbozar una sonrisa de sorpresa, sin saber descubrir el humor que subyacía a esta afirmación ni pararse a pensar en la crítica radicalmente liberal a determinadas actitudes autoritarias de la Modernidad, crítica que él, por su parte, escondía en el anacronismo de esta ideología fuera de tiempo y lugar, y sin justificación, como Rafael reconocía. Si quien le oía se quedaba en la superficie de su discurso, no percibía en esta actitud más que otra excentricidad. He visto, sin embargo, a pocas personas con estudios universitarios que supieran integrarse tan plenamente con las ambiciones y anhelos populares, sin renunciar a una expresión precisa ni traicionarse a sí mismo. Y eso que Rafael disponía de una cultura vastísima, poco común. Quizá residiera aquí la raíz de su sencillez y humanidad. Como muestra, valga un botón. En los últimos años, solía almorzar en una taberna muy próxima al Archivo, frecuentada por transportistas, en cuyas conversaciones intervenía y cuyas preocupaciones compartía. De allí regresó una vez triunfante, porque uno de los comensales habituales le preguntó, tras días de charlar largo y tendido con Rafael, si conducía furgoneta o camión, sin darle otra opción y pensando, al verle con camisa y corbata, como acostumbraba a vestir, que simplemente se dedicaba a un tipo de reparto especial. Su integración en los medios populares era sincera y auténtica. Por ejemplo, tenía gustos gastronómicos exquisitos y un gran paladar, pero apreciaba en extremo la cocina popular tradicional, de cualquier lugar, en la que veía uno de los últimos reductos de una cultura popular tradicional genuina, no manipulada. Él mismo era un gran cocinero.

Este aprecio por la sinceridad personal y la sencillez humana le hizo criticar a los que llamaba "farfollas", en la acepción popular que tiene esta palabra para referirse a la persona o cosa de más apariencia que entidad real. Los tuvo que soportar en los medios profesionales y en los académicos. "Diventano signori dalle parole": repetía esta expresión de una amiga italiana suya para referirse a estos charlatanes de la Historia, bien situados, que la manipulan a su antojo según las

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

modas intelectuales sin hacer investigación documental ni tampoco una reflexión teórica fundada, innovadora o de interés. Era por eso un crítico feroz de las exposiciones, que tanto se han prodigado en los últimos años y que tanto nos hacen padecer en los Archivos por sus graves errores de concepto. En muchas de ellas veía más las aviesas intenciones de vulgarizar la cultura y manipularla para servir los intereses espurios del Poder antes que una divulgación democrática para formación de ciudadanos libres. Dirigía su ironía hacia la ignorancia y prepotencia de los comisarios, hacia el abuso y el riesgo al que se sometía innecesariamente el Patrimonio cultural, hacia la frivolidad de los planteamientos en la mayoría de los casos, hacia el despilfarro de los recursos económicos públicos y privados, hacia la pobreza de sus resultados. Y sin embargo, tenía grandes ideas para las exposiciones. Se ilusionaba con la próxima rehabilitación del Palau del Lloctinent como sede del ACA para este tipo de actos.

Era un gran conversador, especialmente en las comidas. Disfrutaba de ellas si la compañía era propicia. El intercambio de puntos de vista con él ha constituido para mí uno de los alicientes para acudir ilusionado a diario al ACA. En nuestras múltiples conversaciones a lo largo de estos últimos siete años, muchas veces al finalizar la jornada de trabajo, hablábamos de lo humano y de lo divino. Casi siempre, de un modo u otro, del ACA, de su historia y de sus problemas. Con frecuencia, del estado de nuestra profesión. A menudo de historia, de cultura, de política. También, del milagro diario de la vida, de la sorpresa de levantarse vivos un día tras otro. ¡Cómo imaginar entonces que era una premonición de ese fatídico Lunes de Pascua en que amanecería muerto, dulce y calladamente, en paz consigo mismo y con los demás! Aficionado a la novela negra y de ciencia ficción, era un hombre con una gran curiosidad intelectual, sobre todo ante los tremendos cambios sociales y culturales que atraviesa nuestro mundo, que seguía con atención y perspicacia. "Lo que más me fastidia de morirme —me solía decir cuando los comentábamos— es no saber qué va a pasar. Sí, de verdad —añadía ante mi mirada escéptica— me gustaría despertarme cada cien años, pedir un cortado, leer el periódico para ponerme al día, y después volver a morirme otros cien años" Amigo mío, compañero del alma, ¡ojalá cumplas tus deseos!

«Anuario de Estudios Medievales», 35/2 (2005), pp. 1057-1072 .- ISSN 0066-5061.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://estudiosmedievales.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)